

Entonces pudo entonar Ignacio su *Nunc dimittis*, tranquilo y satisfecho por dejar consolidada y fuerte para resistir todo embate su grande obra, y doblado su heroico espíritu en millares de hijos y herederos de su celo. Entonces, recostado, no como los héroes mundanos, sobre sus laureles, sino sobre la cruz de su Amado, pudo dormir el sueño eterno de los justos, oyendo aquellas dulcísimas palabras de enhorabuena: *Euge, serve bone*: «¡Alégrate, siervo bueno y fiel!» Durmióse á la sombra de la Cátedra Apostólica, viendo colmado de riquísimas uvas su lagar, habiendo venido á recoger pocos agraces en la viña del Señor: *Quasi qui vindemiat, replevi torcular*. Y, para que todo fuese nuevo y extraordinario en la historia de Ignacio y de su obra, alcanzó á ver, sin duda, al expirar, saliendo más glorioso del sepulcro de la extinción, á la nueva Compañía, armada del mismo espíritu que en sus primeros días, desplegando el mismo vigor en la lucha y, según es de esperar, destinada á prolongar su vida de combates y triunfos tanto como haya de prolongarse la vida terrestre de la Iglesia. Así sea.

PANEGÍRICO DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARGARITA MARÍA ALACOQUE

(predicado en la iglesia de las Religiosas de la Visitación, Bogotá, 1895).

Inventa una pretiosa margarita, abiit . . . et emit eam.

Viniéndole á las manos una perla de gran valor, va . . . y la compra.

Matth. 13, 46.

1. ¡Cómo goza y se recrea el mercader de joyas contemplando en el muestrario un surtido de finísimas perlas! Ya sea movido de codicia, ya impulsado del hábito

adquirido en su profesión, ya quizás seducido de la misma belleza del objeto, uno de los más hermosos de la naturaleza, el hombre apasionado por esa rica mercancía no sueña sino con perlas de valor, á cuya adquisición consagra su capital, su tiempo y todos sus afanes. Suponed, pues, que el mejor día dé con una de precio extraordinario, fabuloso, como la de Cleopatra, que, según Plinio, valía más de cien mil escudos de oro; ¡cómo salta de alegría, y va corriendo á reunir la suma de dinero necesaria para hacerse con ella, aunque sea enajenando todos sus bienes, y vuelve y se asegura la propiedad de aquella joya! ¡Daría por ella, si se le pidiera, la sangre de sus venas! ¿Qué diremos, católicos oyentes, del gozo de Cristo, mercader divino venido del cielo en busca de las más ricas joyas, las almas de los hombres¹, al contemplar la preciosa margarita que ha encontrado en el muestrario de su Iglesia, en el almacén riquísimo de la religiosa Familia de San Francisco de Sales, oculta en un rincón de Francia, en una celda del monasterio de Paray le Monial? ¿Quién será capaz de explicar el anhelo de Cristo Señor nuestro por comprar al precio de toda su sangre esta inestimable perla para colocarla sobre su mismo corazón? ¿Nos desviaremos quizás de la verdad aplicando al divino Salvador la parábola con que él mismo nos ha dado á conocer el precio del reino de los cielos²?

2. No, ciertamente, cristianos; pero, aunque esta aplicación esté apoyada en la verdad manifestada en cien pasajes de las Sagradas Letras, debo confesar que no es la más directa que ofrecen las citadas palabras. Por-

¹ *Cornel. a Lap.*, Comment. in Matth. cap. 13.

² Matth. 13, 45 sqq.

que, rigurosamente hablando, no es Jesucristo quien ha hecho el hallazgo de la preciosa perla, es Margarita María Alacoque, religiosa de la Visitación de Nuestra Señora, el alma afortunada que, santamente codiciosa de las mejores perlas de todas las virtudes y gracias, ha dado con la margarita preciosa por excelencia, con la joya entre las joyas, la que á todas da valor, el Corazón sacratísimo del humanado Verbo. ¡Oh suerte mil veces envidiable! ¡oh alma verdaderamente rica y venturosa! Y ¿cómo no habías de vender cuantos bienes tenías en el mundo, no sólo riquezas y placeres deleznables, vanos honores y efímeros aplausos, sino la tranquilidad del espíritu, los regalos celestiales y la misma vida por hacerte dueña de esa perla incomparable? *Inventa una pretiosa margarita... vendit omnia que habuit, et emit eam*¹. Cómprala para sí, quedando con sola ella más rica y opulenta que con la posesión de todos los tesoros del cielo y de la tierra, pues con ella ha adquirido la mayor riqueza de la divinidad, aquel tesoro escondido en la madreperla de la sagrada humanidad de Cristo, que el Espíritu Santo, cual misterioso rocío, hizo cuajar en la concha del seno virginal. Cristo Jesús es, según la mente de los gravísimos doctores Agustín y Jerónimo², perla blanquísima por la santidad, brillantísima por la sabiduría, perfecta por la plenitud de todas las virtudes, adornada de todo el peso, pulimento y hermosura que constituyen el mérito de esta bella flor de los mares.

Rica ya la Bienaventurada Margarita María con la perla del Corazón de Jesús, quiso, á fuer de generosa y magnánima, enriquecer á todos los hombres, dando

¹ Matth. ubi supra. ² Apud Cornel. a Lap. 1. c.

á conocer y difundiendo por cuantos medios hubo á las manos los tesoros de una devoción hasta entonces apenas vislumbrada por algunas almas escogidas. He aquí, si no me engaño, el punto de vista donde debemos colocarnos, para contemplar en todo su esplendor la santidad de esta gloriosa virgen, objeto del amor del orbe católico. Favorecida providencialmente con la revelación del tesoro escondido en el culto del sagrado Corazón, supo enriquecerse á sí misma: primera parte; enriqueció á toda la Iglesia: segunda parte del discurso: para cuyo desarrollo invoco el concurso de vuestras oraciones. *Ave Maria*.

I.

3. De esa perla divina de Jesús nacen, dicen los santos, todas las otras perlas de eximias virtudes, todas las gracias de santificación. ¿Qué maravilla, pues, que nuestra Margarita se haya enriquecido tan prodigiosamente, una vez hallada la perla del Corazón de Jesucristo? ¿qué maravilla que haya llegado á transformarse ella misma en perla de infinito valor? Y, como quiera que estaba destinada á ser viva copia del Corazón divino, la limpieza y blancura de su corazón debía ser inmaculada y de todo punto digna del Esposo que se apacienta entre lirios y azucenas. Al pensar atentamente, amados fieles, en los quilates de pureza del corazón virginal de Margarita María, un sentimiento de sobrenatural espanto parece apoderarse del nuestro: tal es la impresión que en nosotros produce aquel prodigio de pureza.

Prevenida con bendiciones extraordinarias de dulzura, dice la Iglesia en las lecciones del Breviario, empezó á aborrecer el pecado á una edad en que naturalmente

era imposible conocerlo y mucho menos formar concepto de su malicia, á los tres años. ¿Cuándo se ha visto cosa semejante, ni aun en las vidas de los santos más privilegiados? No creo, pues, exageración la del biógrafo que asegura haber motivo muy fundado para dudar que en muchos siglos se haya dado caso igual ni aun semejante. Y, si á los tres años no más mostraba tal aversión al pecado, que bastaba decirle que alguna cosa desagradaba al Señor para que se abstuviese de hacerla; ¿qué extraño, cristianos, que, dando un paso adelante, paso de gigante, no de niño, á los cuatro años solamente, dijese á Dios con aquellos labios infantiles bañados de gracia y de candor: «Dios mío, yo os consagro mi pureza y hago voto de castidad»? Y esto decía seriamente, y no una sino muchas veces, principalmente á la hora de la consagración en la Misa; mas con tal fondo de sinceridad y verdad, que se inundaba en celestiales delicias su tiernecito corazón. Añadía á estos primeros fervores la consagración especial que hizo de sí á la Virgen de las vírgenes, y el segundo voto de ser hija suya si recuperaba por su medio la salud perdida en la misma infancia durante cuatro años: tomad en consideración después de esto la protección especialísima que mereció de parte de la misma Soberana Señora, y calculad con estos datos la inmensidad del tesoro de pureza que embellecía el alma de esta niña á la edad de su primera comunión. ¿Cuál no vendría á ser esta virtud andando el tiempo, ya que el tiempo no fué para esta alma privilegiada, como para las almas vulgares, robador de la inocencia, sino obrero de virtudes acrisoladas cada día?

4. En adelante, pues, la veréis creciendo con la edad en pureza de corazón y de sentidos, como quien cono-

cía ya su elección para esposa del Cordero immaculado, el cual le advertía á cada instante su deber de fidelidad inviolable y eterna. Aun antes de habitar en claustro decíale el Señor: «Te he escogido para esposa, y nos prometimos fidelidad cuando hiciste el voto de castidad, habiéndotelo yo inspirado antes que el mundo tuviese parte en tu corazón: lo quería puro y sin mancha de afición alguna terrenal, y para que no se manchase te deposité en el seno de mi Madre santísima.» En vano el mundo la lisonjea con sus locas vanidades, á las que si cede alguna vez por ignorancia ó ligereza, que no por malicia, es para detestarlas en seguida con más veras que antes; en vano la flaqueza del corazón naturalmente inclinado á gustar las dulzuras del afecto, la pone en peligro de dividirlo entre su Esposo y las criaturas; este divino Dueño no la deja ni un instante, la persigue dulcemente, la subyuga con la fuerza de su gracia hasta hacerla triunfar definitivamente de toda inclinación de inferior orden, para guardar á Dios una fidelidad á toda prueba, rechazando cuanto pudiera serle menos agradable.

Tal fué, amados oyentes, el cuidado principal de Margarita María durante los veinte años de su vida religiosa, cuya síntesis pudiera formularse así: Sujetar y someter á su único amor, Jesús, todo su ser; hacer siempre lo que juzgaba más perfecto; no omitir nada de cuanto contribuir pudiera á que fuese Dios glorificado.

5. Pero si la pureza de esta Virgen angelical fué la primera cualidad que realzó la preciosa margarita de su alma, el espíritu de abnegación, poseído en el grado más heroico, fué el que abillantó su belleza. ¡Abnegación completa de sí misma! ¡Oh! y ¿quién tuviera colores bastante vivos para retratarla? Nadie hay que,

conociendo siquiera medianamente la vida de Margarita Alacoque, no comprenda que fué la abnegación su virtud sobresaliente. Huelga hablar de aquel su amor al padecer, desarrollado en ella casi desde la infancia, que le hizo adquirir el hábito de atormentar su inocente cuerpecito, ayunando la mitad de la semana y aun pasando días enteros sin alimento alguno, macerando sus carnes con largas disciplinas, ciñéndose con ásperos cilicios, durmiendo sobre el duro suelo, afligiéndose, en fin, de mil ingeniosas maneras, aun antes de salir de la niñez. Nada digamos de las excesivas penitencias á que se entregó después, cuando en la flor de la juventud y para aliviar las penas de su corazón, fluctuante entre los halagos del siglo y las insinuaciones de su Amado, castigaba su cuerpo con cadenas de hierro y flagelaciones sangrientas; nada, de las vejaciones domésticas de que fué víctima desde que quedó huérfana de padre, sufridas, á imitación de su divino Maestro, con paciencia y dulzura inalterables. Contemplémosla ya en el retiro sagrado del claustro, en el monasterio de Paray, bajo el amparo y guía del iluminado maestro de espíritu, San Francisco de Sales. Cuando, puesta en oración delante del Santísimo Sacramento, se presenta al Señor, según se le ha ordenado, como un lienzo blanco delante del pintor, oye que le dice su Amado, el Esposo de sangre: «Yo te enseñaré lo que ese lienzo significa, y la imagen que en él quiero estampar.» Desde entonces parecióle que se la despojaba y desasía de todo, encendiéndola en vivo deseo de padecer por amor; deseo tan vehemente, que no le daba punto de reposo, haciéndole imaginar toda suerte de austeridades para ver de satisfacerlo. Ya antes que se desposara solemnemente con Jesús crucificado, por medio de la pro-

fesión religiosa, el Señor le había dicho: «Vas á desposarte con un Dios crucificado; por esta causa es necesario que te conformes con él, despidiéndote de todos los placeres de la vida, porque no habrá ya ninguno que no te lo estorbe mi cruz. La tuya será tan pesada, que no podrías llevarla si no te sostuviera mi brazo omnipotente.»

6. No para aquí, hermanos míos, la perfecta abnegación, esta virtud de los grandes santos y genuinos discípulos de Jesucristo; la cual no consiste solamente en la voluntaria castigación de la carne y represión de sus inclinaciones desarregladas, ni se contenta con llevar en paciencia la cruz de los padecimientos físicos y morales, por más abrumadora que sea. Es algo todavía más sublime y acabado que todo eso, siendo nada menos que la renunciación entera de sí mismo y la abdicación de cuanto pertenece al hombre viejo, á fin de revestirse del nuevo: es darlo todo por el que es todo: *Da totum pro toto*¹, sacrificarse sin reserva y seguir en santa desnudez espiritual al desnudo Jesús. Y esto hizo y practicó la enamorada Margarita, enseñada directamente por su divino Esposo. «Vivirás, decíale Jesús, la vida del Hombre-Dios, como si tú no vivieses en ti, sino yo mismo. No pensarás en tu cuerpo más que si no lo tuvieses: tus potencias y sentidos estarán como sepultados en mí; serás sorda, ciega y muda para todo lo terrestre, sin tener deseo, juicio, afecto ni voluntad propia, sino la de mi beneplácito: nada busques, nada temas, nada mires, ni á ti misma, fuera de mí; pues quiero ser para ti todas las cosas. Amar y padecer sea tu divisa: ¡un solo corazón, un solo amor, un solo Dios!»

¹ Imit. Christi lib. III, cap. 42.

¿No es esto sublime, hermanos míos? ¿No es esto endiosarse ya desde la tierra? ¿Era otra la vida divina que expresaba el Apóstol cuando decía: *Vivo yo, ya no yo, sino Cristo vive en mí*¹? ¿No vivía así aquel Serafín llagado que se quedaba extático diciendo: «Dios mío y todas mis cosas»? y ¿la seráfica Teresa de Jesús cuando suspiraba: «Padecer ó morir»? ¿No era ésta, finalmente, la íntima unión que expresaba la Esposa de los Cantares en aquellas palabras: *Mi amado para mí, y yo para mi Amado*²? ¡Almas felices que sabéis imitar á Margarita Alacoque, muriendo totalmente no sólo al mundo, sino también á vosotras mismas! ¡Cómo brilla en vuestra frente la claridad de la vida de Dios! ¿Qué perlas de Oriente pueden competir en brillo y hermosura con esas almas divinizadas por la perfecta abnegación?

7. Pero, donde lució de lleno la virtud de esta Margarita preciosa de la Visitación, fué en las acerbos persecuciones de que, sin culpa de ninguna parte, fué inocente blanco, á causa de aquellas visitaciones extraordinarias con que plugo á Dios regalarla á manos llenas. ¡Ella, la favorecida del Rey de los reyes, la predilecta del Corazón de Jesús, llegó á ser tenida por ilusa, se la calificó de hipócrita! Personas que pasaban por perfectas, la juzgaban desfavorablemente, mirábanla con desconfianza, tildándola de amiga de singularidades y rarezas, y aun se creían en el deber de desengañarla y corregirla. Sus mismas prudentes superiores, desorientadas entre aquellas extrañas sendas de perfección, no sabían hacer otra cosa que someter á pruebas humillantes la virtud de la virgen extática, y ella misma con

¹ Gal. 2, 20.² Cant. 2, 16.

su humildad prestaba apoyo á la persecución declarando contra sí propia, temerosa de engañarse y engañar al mundo entero. ¡Qué agonías de muerte las de aquella alma generosa! ¡Conocer, por una parte, la verdad de las gracias extraordinarias que recibe de su Esposo, y ser, por otra, tan desconfiada de sí misma y tan inclinada, en virtud de la más ciega obediencia, á seguir el parecer de sus mayores! ¡Qué luchas y perplejidades tan crueles! Ella misma declaró ser aquel martirio el más horrible que creía poderse llegar á padecer en esta vida. Pero ¡á qué extremo no llegaron las humillaciones de la abnegada religiosa por causa de la nueva devoción que el mismo Jesucristo le mandaba establecer sobre la tierra, por la devoción al Corazón deífico! ¡Ay! aquellos mismos que habrían debido ser los primeros en comprenderla y aceptarla, permitiendo el Señor tan extraña obcecación, fueron sus opositores, teniéndola por novedad caprichosa, contraria al espíritu de la Regla de la orden, y fruto de una imaginación extraviada y de un celo indiscreto. Directores espirituales tuvo la Santa que llegaron á prohibirle en absoluto hablar de semejante devoción; y las personas más moderadas se creyeron con derecho para censurar piadosamente su conducta. Verdaderamente fué Margarita María la víctima escogida por Jesús para desagaviar á la divina Justicia mediante el más perfecto holocausto de sí misma, y un anonadamiento semejante al del Salvador en la cruz.

8. Y ¿cómo se explicaría tan heroica abnegación, amados fieles, si no fuera por la eficacia del amor, fuerte como la misma muerte?¹ ¡Ah! el amor, el amor á Jesús, quinta esencia de la devoción al Corazón divino,

¹ Cant. 8, 6.